

religiosa de los ilustres huéspedes que la habitan, en el instante mismo el alma se engrandece. Yo no sé qué sentimiento profundo de respeto, de indecible bienestar, se apodera del corazón; todas las facultades se conmueven; la impresión es completa. El templo se anima, habla á los sentidos, á la razón, á la fe, y con voz inteligente para todos, repite la larga y sublime epopeya de la raza humana. En aquellas columnas de mármol, de alabastro, de pórfido y bronce que adornan el templo de Dios Redentor, después de haber adornado los templos de Júpiter ó el palacio de Nerón, veis al mundo del mal, al mundo pagano vencido por el cristianismo y unido al carro inmortal del triunfador. Luego en sus tumbas, resplandecientes con el oro y pedrerías, veis á las victoriosas regiones de las mártires que os contemplan, enseñándoos con una mano el símbolo católico revestido con su sangriento sello, y con la otra, los laureles siempre vivos que coronan sus frentes; y su voz consagrada por la muerte y por la gloria, os grita desde el seno de la eternidad: ¿Cómo llevas el nombre de cristiano que nosotros conquistamos para tí con nuestra sangre? Con estos pensamientos, es imposible visitar las iglesias de Roma sin salir de ellas muy mejorado, y sin sentir emociones y goces que allí solo se encuentran.

Habíamos visto, pues, el lado humano de San Juan de Letran, nos faltaba contemplar el lado divino de la Madre y Señora de todas las iglesias. En el centro, y bajo el gran arco de la nave principal, se encuentra sostenido por dos columnas de granito oriental, de treinta y ocho pies de altura, el altar papal; pero, ¿qué altar, Dios mío! el mismo en que San Pedro dijo misa. Allí está tal como fué sacado de las catacumbas por el papa San Silvestre.

Su sencillez, su pobreza misma, recuerdan los primeros tiempos de la Iglesia: algunas planchas de abeto, sin dorados y sin más adorno que una cruz tallada en la parte anterior, hé ahí todo. Por respeto, se le ha rodeado de una balaustrada de mármol, sobre la cual están grabadas las armas de Urbano VIII y del rey de Francia. Una rica tela lo cubre por entero; levantada dicha tela, pudimos ver con nuestros propios ojos la mesa venerable á donde la gran Víctima, ofrecida por el príncipe de los Apóstoles, había venido á descansar tantas veces. Este es el único altar en el mundo bajo el cual no hay reliquias; con razón. Al sucesor de Pedro pertenece el derecho exclusivo de celebrar allí los santos misterios.

Levantando la vista se percibe á una gran altura, directamente encima del altar, un cortinaje de terciopelo carmeo con realzados de oro. Este pabellón cubre una arca ó cojon de mármol de Paros, sostenido por cuatro columnas de mármol egipcio con capiteles de orden corintio de bronce dorado. Allí están encerradas las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Dos veces en el año, el Sábado Santo y el Mártes de las Rogaciones, son expuestas con toda solemnidad á la veneración de los dichosos fieles de Roma. Hay otra costumbre no ménos digna de ser conocida. A fin de fortificar á todos los jóvenes levitas en la fuente misma del espíritu sacerdotal, del espíritu del apostolado y del martirio, todas las ordenaciones tienen lugar al pié del altar de que acabamos de hablar, á la vista de San Pedro y San Pablo. A la derecha del altar pontifical, se encuentra la capilla del Santo Sacramento. Aunque muy elevado, muy amplio y muy profundo, el tabernáculo, ejecutado según dibujos de Paulo Olivieri, está compuesto enteramente de piedras preciosas y de los mármoles más raros. A

derecha é izquierda, brillan dos ángeles de bronce dorado con cuatro columnas verdes, á estilo antiguo de los griegos. El techo y el frontis de bronce dorado que coronan el altar, descansan sobre cuatro columnas del mismo metal, doradas, acanaladas, de cosa de veinticinco pies de altura, y dos y medio pies de diámetro en la base. Son las mismas que Augusto mandó hacer después de la batalla de Actium con los espolones de los buques egipcios, y que él colocó en el templo de Júpiter Capitolino. Empleados desde luego como candeleros, en los cuales se quemaban en las grandes fiestas bálsamos y otros exquisitos perfumes, deben su destino actual al papa Clemente VIII.

A la verdad, no pudimos ménos de hacer aquí una observación á que da lugar cada paso por la inteligente ciudad de los Pontífices. Roma pagana, nunca dejaba de erigir en su recinto monumentos que recordaban sus triunfos; Roma cristiana ha tenido el mismo instinto. Por todas partes se levantan los monumentos de sus numerosas victorias *sobre el paganismo*, cuyos templos, cuyas columnas y obeliscos sirven para su uso; *sobre las grandes herejías*, cuya condenación está escrita en las pinturas y mosaicos de sus templos; *sobre los Turcos*, cuyo oro y cuyos estandartes han enriquecido las iglesias muy amadas de Ara-Cœli y de la Victoria. La basílica de San Juan de Letran conserva otro trofeo de las victorias del cristianismo sobre el islamismo. Delante de la capilla del Santo Sacramento, flota la bandera de Juan Sobieski en la célebre batalla de Viena. Como testimonio de su reconocimiento y de su adhesión á la religión, el gran capitán quiso que su glorioso oriflama fuese suspendido en la bóveda de la primera iglesia del mundo.

En el coro del Cabildo está la silla de los reyes de Francia, que, como se sabe,

son canónigos de San Juan de Letran; está á la izquierda y enfrente de la del Santo Padre. Del respaldo de la silla real, se desprende una graciosa estatua de la Virgen Santa, de quien es vasallo y primer caballero el rey de Francia; detrás del asiento del Santo Padre, aparece Nuestro Señor, cuyo vicario es el Papa. ¿Qué no habría que decir sobre esta disposición simbólica? Nos parecen escritas allí, la historia, la misión y las relaciones providenciales de la madre y de su hija mayor. Aunque no éramos reyes de Francia, nos sentamos en la silla real, y al venir entonces á nuestra memoria el recuerdo de Enrique IV, nos enseñó que cada año los canónigos de San Juan de Letran, celebran el nacimiento de su real cofrade, con una misa solemne. Este es un testimonio de reconocimiento, hácia el don que el Bernés convertido hizo á San Juan de Letran, de la rica abadía de Clarac, en la diócesis de Agen. Hasta la revolución de Julio, el embajador de Francia asistía á los oficios sobre un estrado colocado á la entrada del coro.

Nos quedaba por ver el tesoro de la basílica. Allí se conserva una de las reliquias más venerables que puede haber en el mundo. Detrás de rejas de fierro, y bajo anchas hojas de cristal, está oculta la mesa misma en donde Nuestro Señor instituyó la Santa Eucaristía. Se abrieron sus puertas, y nos fué dado ver aquel monumento del amor infinito de Dios. La mesa es de madera, sin adorno ninguno; me pareció que tendría una pulgada de espesor, doce pies de longitud, y seis de anchura. Cubierta con láminas de plata por los soberanos Pontífices, fué despojada de ellas en el saqueo de Roma, bajo el condestable de Borbon.

A algunos pasos de allí, se encuentran otras reliquias, cuya vista penetra el corazón de reconocimiento y de compunción.



Tal es una parte del vestido de púrpura que se arrojó á la espalda de Nuestro Señor en el pretorio; una parte de la esponja que fué empapada en hiel y vinagre; la copa en que se presentó el veneno á San Juan Evangelista, y que bebió sin experimentar ningun mal; una parte de su túnica y de la cadena con que fué llevado de Efeso á Roma; una espalda de San Lorenzo; la milagrosa cabeza de San Pancracio mártir; una vértebra de San Juan Nepomuceno; sangre de San Carlos Borromeo y de San Felipe Neri; en fin, una plancha formada con las cenizas de una multitud de mártires.

Salimos del tesoro y entramos al claustro, en donde se ven hermosos restos del palacio de Constantino. La galería cuadrangular está sostenida por columnatas de mármol de un exquisito trabajo; muchas están incrustadas con finos mosaicos. Bajo aquellos pórticos se conservan reliquias numerosas, cuya autenticidad descansa en una tradicion secular, pero que por otra parte no parece suficiente para exponer aquellos objetos á la veneracion de los fieles: tan reservada así se muestra Roma en este punto. En ese número está el borde del pozo de Jacob, donde Nuestro Señor se sentó para oír á la Samaritana; una columna del templo de Jerusalem, rota en dos partes á la muerte del Salvador. *Petra scis et sunt*; la piedra en que echaron suertes los soldados romanos sobre la túnica sin costura de la augusta Víctima, y dos columnas del palacio de Pilatos.

La iglesia por siempre venerable que acabábamos de visitar, añade á sus nombres ya conocidos, los de Basílica Constantiniana y de San Juan. La razon del primero se adivina al punto; es preciso solo explicar la del segundo. Por mucho tiempo Constantino era cristiano de corazón; pero no habia tenido aún lugar el acto augusto que debia iniciarle en la so-

ciudad de los fieles. Para recibir el bautismo, hizo construir un bautisterio. San Juan Bautista dió naturalmenté su nombre al nuevo edificio, y este nombre pasó con el tiempo á la iglesia misma. El bautisterio, separado de la basílica segun el uso de los primeros siglos, es de forma octagonal; en los ocho ángulos interiores, se elevan ocho columnas de pórfido, separadas de las paredes de modo que dejan un espacio suficiente para transitar; sostienen una cornisa y un ancho frontis, sobre el cual reinaba un segundo órden de columnas de mármol de una belleza y trabajo exquisitos; esta nueva columnata, más pequeña que la primera, sostenia un gran arquitrabe que corona el edificio.

En el centro está todavía la fuente de basalto, de forma oval, y de cinco piés de longitud. Constantino la habia revestido interior y exteriormente, con láminas de plata que pesaban 3,800 libras. En el centro de la fuente se elevaban columnas de pórfido, que sostenian lámparas de oro, cuyo peso era de cincuenta y dos libras, y cuyas mechas eran hilos de amianto. En lugar de aceite se quemaban allí, en las solemnidades de la Pascua, los más olorosos bálsamos. En el borde de la fuente estaba un cordero de plata con peso de treinta libras que arrojaba agua á las fuentes, á la derecha del cordero, el Salvador, de plata, de tamaño natural, y cuyo peso era de ciento setenta libras; á la izquierda, San Juan Bautista, de plata, de cinco piés de altura, teniendo en la mano el sagrado texto: *Ecce Agnus dei, ecce qui tollit peccatum mundi*; pesaba cien libras. Siete ciervos de plata, símbolos del alma alterada por la gracia, arrojaban agua á las fuentes; cada uno pesaba ochenta libras: en fin, un incensario de oro muy fino, adornado con cuarenta piedras preciosas, que pesaba diez libras 1.

1 Anast. in Vit. B. Silo.

Tal era el bautisterio de Constantino; tal es hoy, ménos el oro y la plata que fueron presa de los bárbaros. Las decoraciones primitivas han sido reemplazadas con bellas pinturas que representan las acciones memorables de Constantino. Esta restauracion, data del pontificado de Urbano VIII. El pavimento es de mosaico fino, y todas las paredes están enriquecidas con dorados y pinturas. En la parte superior brillan todavía las antiguas inscripciones que recuerdan los misterios cumplidos en aquel lugar.

Genis sacrando polis hic semine nascitur almo,  
quam fecundatis spiritus edit aquis.  
Mergere, peccator, sacro purgande fluente:  
quem veterem accipiet proferet unda novum.

«Aquí, del seno de las aguas fecundadas por el Espíritu Santo, nace para el cielo un mundo formado de un germen divino. Pecador, para lavarte, sumérgete en esas ondas saludables; el agua que te recibirá como á hijo del viejo hombre, te hará hijo del nuevo Adán.»

Figuraos ¡cuán imponente y magnífico espectáculo presentaria aquel augusto edificio, la noche solemne en que, resplandeciente de millares de antorchas, poblado con todo lo que el mundo tenia de más grande, y en el cual se oían los cantos más melodiosos, y embalsamado con los perfumes más exquisitos, se vió al señor del mundo, como humilde catecúmeno, conducido por el vicario del Hombre-Dios, bajar á la santa piscina, y consagrar con su bautismo el triunfo social del cristianismo.

A la izquierda de las fuentes bautismales, está una reja de hierro con dos puertas de bronce, sacadas de los baños de Caracalla, que dan paso á la capilla de San Juan Bautista. *Ex-voto* del papa Hilario III, esta capilla está adornada con hermosos mosaicos. Bajo el altar descansan los huesos sagrados de los más ilustres mártires,

en número de cuarenta y nueve. Sea á causa de la santidad de los huéspedes que lo habitan, sea porque está dedicado al santo precursor, cuya muerte fué el crimen de Herodías, la entrada á este santuario está prohibida á las mujeres. Se lee abajo del catálogo de los mártires esto: *Per il gran santuario fu proibito che la donne non potessero entrare nella predetta cappella.*

Habíamos recorrido los lugares memorables en donde habia tenido lugar el glorioso acontecimiento que cambió la faz del mundo. Era justo que la Iglesia consagrara el recuerdo de esta noble victoria, alcanzada durante tres siglos de combates; y un obelisco, el más grande de los que están en Roma, colocado en el lugar mismo del triunfo, la repite á todos los viajeros. El obelisco de San Juan de Letran tiene noventa y nueve piés de elevacion sobre el pedestal. Llevado de Egipto á Roma por los emperadores Constantino y Constantino su hijo, fué roto por los bárbaros y despues reedificado en 1588, en el lugar que hoy ocupa, por el génio tan poderoso como poético de Sixto V.

¿Cuál es ahora ese edificio que se percibe del otro lado del monolito en la extremidad de la vasta playa? ¿Cuáles son sus soberbios mosaicos, admirados por el artista y queridos por el anticuario? ¿Cuál la escalera que suben de rodillas los peregrinos enternecidos? El año 797, el papa Leon III, de santa y gloriosa memoria, hizo aumentar y embellecer la morada pontifical. Entre otras obras dignas de su gusto y de su piedad, hizo construir el célebre *triclinium*, ó comedor, cuya bóveda es hoy todavía admirable por sus pinturas y por su conservacion. Para conocer su uso ¡hay necesidad de recordar la conmovedora costumbre de los primeros cristianos? ¿Quién ignora que en las ocasiones solemnes nuestros padres se reunian en



inocentes festines llamados *agapas*? Abolidos justamente entre la clase del pueblo, estas comidas de caridad continuaron en uso durante muchos siglos, entre los grandes, los reyes y los pontífices. Los vicarios de Jesucristo perpetuaron largo tiempo esta costumbre, con una modestia y una gravedad que recordaban los hermosos días de la Iglesia naciente. Para celebrar estos memorables festines, construyeron en su palacio de Letran muchos *trichinium*. Su piedad los adornó con pinturas que repetían á los eclesiásticos, á los reyes, á los emperadores, admitidos á aquellas mesas fraternales, sus deberes y los hechos notables de su historia. El papa Leon III recibió frecuentemente en su *trichinium* á los ilustres peregrinos á quienes la necesidad, el reconocimiento ó la piedad, llevaban entónces en gran número á la ciudad eterna.

Al lado derecho de la bóveda, un soberbio mosaico representa á Nuestro Señor sentado, ceñida la frente con la diadema crucifera, dando con la mano derecha las llaves á San Silvestre arrodillado, y que tiene por adorno en la cabeza una auréola circular; con la mano izquierda Nuestro Señor sostiene un estandarte que presenta á Constantino arrodillado con su espada en el cinto, y rodeada su cabeza con una auréola cuadriforme. La asta del estandarte se termina en cruz, elocuente símbolo del origen de la dignidad real cristiana, y del uso que de ella debe hacerse.

El lado izquierdo presenta otras tres figuras, colocadas en el mismo plano. En medio San Pedro, sentado, revestido con una túnica blanca y un manto, ó más bien el *orarium* de los antiguos, teniendo sobre sus rodillas las llaves divinas; con la mano derecha da el *pallium* al papa Leon; con la izquierda presenta un estandarte á Caromagno; el pontífice y el emperador están

de rodillas delante del Apóstol; ambos llevan sobre la cabeza auréola cuadriforme, signo distintivo de los personajes vivientes, así como la auréola circular es el atributo de los personajes muertos. Abajo de este grupo, lleno de sentimiento y de armonía, se lee:

BEATE PETRUS, DONA  
VITA LEONI PP. E. VICTORIA.  
CAROLO REGI DONA.

«Bienaventurado Pedro, dad la vida al papa Leon y la victoria al rey Carlos.» Al rededor de la bóveda brillan en grandes letras de oro las palabras que resumen tan bien el gran fin del cristianismo, al cual deben concurrir en union íntima, el poder de los pontífices y el poder de los príncipes: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis* 1.

Así en las dos extremidades de Roma, en el Oriente y en el Occidente, en los dos primeros templos del mundo, en San Juan de Letran como en San Pedro, volviamos á encontrar el dogma fundamental de las sociedades cristianamente constituidas, la union regular del sacerdocio y del imperio. Si nosotros no hubiésemos resistido, la historia habria venido á desarrollar ante nuestros ojos el vasto cuadro de los siglos de paz, de prosperidad y de progreso verdadero que surgieron como de su fuente, de esa casta alianza cimentada en la sangre del Calvario. Contentémonos con decir que si el obelisco del Vaticano proclama siempre la inmortal victoria del cristianismo, los mosaicos del *trichinium* siguen repitiendo á las naciones modernas el principio social que es el único que puede afirmarlas sobre sus vacilantes bases. ¿No es acaso esto la causa por la cual, en los designios de la Providencia, esos monumen-

1 Ved á Ciampini. *Morum. Veter.*, t. II, p. 128 y siguientes.

tos de un orden de cosas eternamente memorables, han desafiado los ataques desoladores de los siglos y han escapado del incendio que consumió el palacio pontifical? Como quiera que sea, habiendo sido presa de las llamas la morada de los papas, con excepcion del *trichinium* y de la capilla doméstica, Sixto V hizo construir delante de aquella capilla un soberbio pórtico, en medio del cual colocó la Santa Escalera, *Scala Santa*.

No hay un cristiano que ignore que el día de la Pasion, Nuestro Señor subió por orden de Pilatos á un lugar elevado, especie de balcon con pavimento de piedra, desde donde la inocente Víctima fue presentada al pueblo. La escalera que condujo al Hijo de Dios á aquel teatro de ignominia y de dolor, ha sido trasportada á Roma: se compone de veintiocho gradas de marmol tirio, de una reluciente blancura. Para conservarla, Clemente XII la mandó cubrir con gruesos maderos de nogal, sobre los cuales pasan los peregrinos en pié, ó casi siempre arrodillados. Consagrada con los pasos de la adorable Víctima y regada con la sangre de la flagelacion, la escalera del Pretorio es objeto de la veneracion del mundo. Segun la costumbre consagrada, la subimos nosotros de rodillas, vivamente penetrados del doble sentimiento que inspira el reconocimiento y el arrepentimiento. Esa escalera que el Salvador recorrió muchas veces cargado con el peso de nuestras iniquidades, conduce á una capilla superior llamada el *Santo de los Santos*, á causa de las innumerables reliquias sagradas que encierra. *Non est in toto Sanctior orbe locus*. «No hay en todo el orbe lugar más Santo.» Puestos así entre la sangre de un Dios y los huesos de los mártires, dejo á la consideracion de todo cristiano lo que él y todo sacerdote debe experimentar en aquel lugar, en presencia de tales cosas. Se vuel-

ve á bajar del *Santo de los Santos* por dos escaleras situadas á la derecha y á la izquierda de la *Scala Santa*.

Me complazco en recordar que pocos días despues de nuestra peregrinacion, un jóven israelita, que se hizo célebre por su conversion, pasaba delante de la escalera del Pretorio. M. de Bussieres, que lo acompañaba, se descubrió por respeto hácia aquel sagrado monumento, diciendo: *Salud, Escala Santa!* El nuevo Saul se puso á reir á carcajadas de aquella *debilidad supersticiosa*. «No riáis demasiado, le dijo su piadoso compañero, que muy pronto la subireis de rodillas.» Algunos días despues, la profecía se cumplió. Alfonso Ratisbone, convertido milagrosamente al catolicismo, subió de rodillas la *Scala Santa* quejándose como Pablo, de la ignorancia que lo habia armado contra el Dios que le daba valor para participar de sus ignominias y de su cruz.

#### 10 DE DICIEMBRE.

Proyecto de una Academia eclesiástica.—San Claudio de los Borgoñeses.

Mis jóvenes compañeros de viaje, salieron á las cuatro de la mañana á una partida de caza por el lado de la *Storta* en el campo romano. Como yo habia venido á Roma con miras perfectamente pacíficas, no tuve la menor tentacion de inquietar el descanso de las liebres, de los jabalíes ó puerco-espín del país latino, aunque sus antecesores hubiesen desolado los campos históricos de Cincinato y destruido la yerba tan gloriosamente adquirida por Mucio Scévola; así, pues, me quedé en la ciudad. En el curso de mi pacífica jornada tuve conocimiento de un proyecto católico. Se hablaba en los círculos elevados, de establecer en San Luis una Academia de teología, compuesta de eclesiásticos franceses